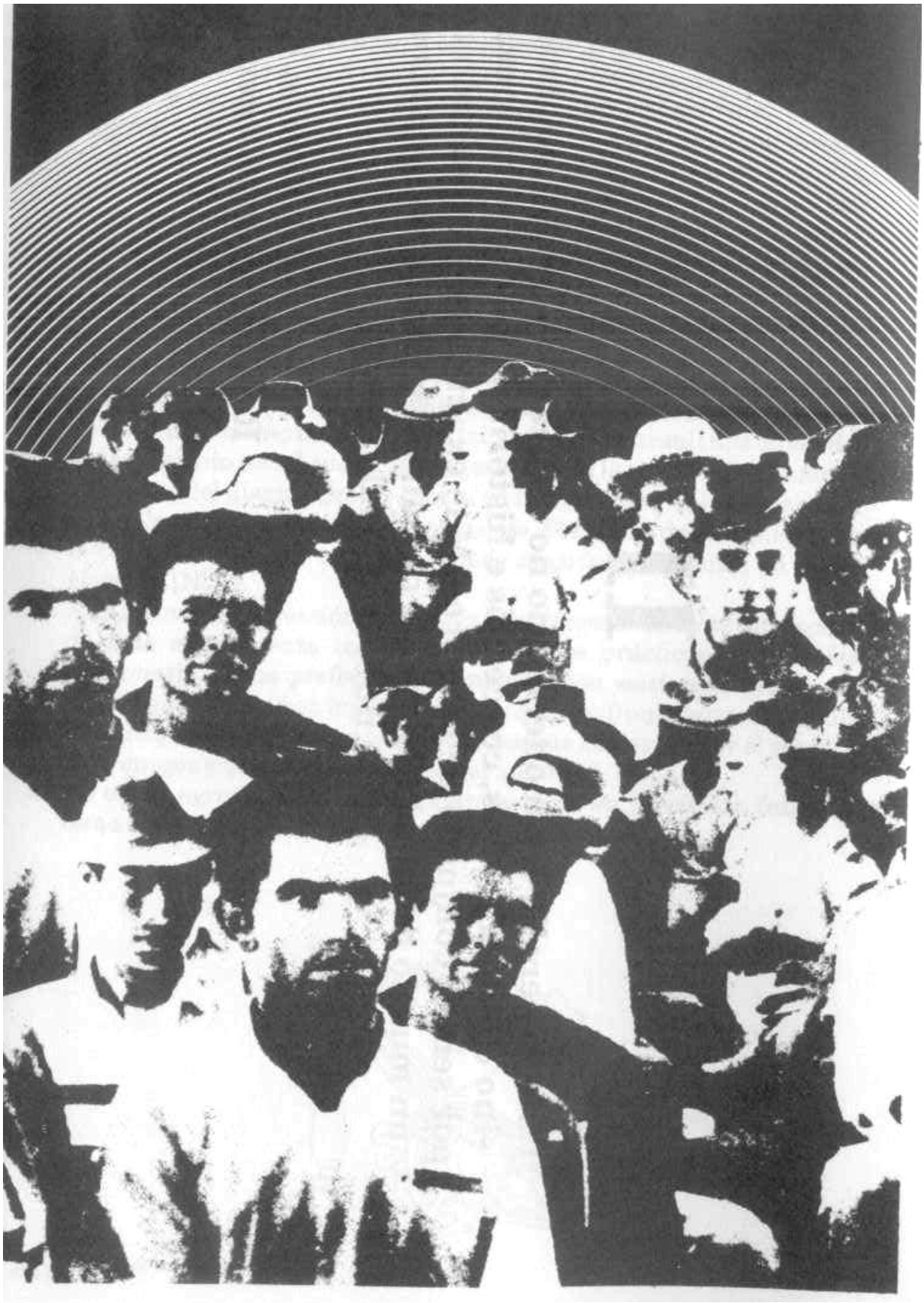


Actual (Mérida) (28): 49-68,
Enero - Abril 1994.

CULTURA DEMOCRATIZADA (MASAS URBANAS DE FIN DE SIGLO)*

Agustín Martínez A.

El funcionamiento intelectual del continente, durante la segunda fase de la «cultura modernizada internacionalista»[1] se caracteriza por la presencia de rasgos que evidencian un mayor funcionamiento sistemático y una progresiva integración entre los productores y el público que comienza a definirse; aspectos que pueden ser interpretados como la resultante de un mayor asentamiento de la nueva sociedad en relación a la forma germinal de dichos rasgos durante la fase anterior.

En efecto, en esta fase ya se hace plenamente perceptible la articulación de lo que podríamos llamar un sistema cultural nuevo que sirve de soporte a la producción intelectual. Ese sistema se evidencia en una mayor consolidación de las relaciones entre los escritores y el público, facilitado por la presencia de canales de

* El presente texto es un subcapítulo del libro **Experiencia y cultura. Figuras del fin de siglo latinoamericano (1850-1930)**, actualmente en preparación.

comunicación estabilizados que hicieron posible una más intensa determinación mutua. Se cuenta, además, con la normalización de un lenguaje compartido por los productores y el público —que va a encontrar su más alta articulación en la poesía y la narrativa— que permitía el tratamiento universalista de un espectro de temas y problemas que traducían las interrogantes y expectativas de los distintos sectores sociales en un contexto de mayor cohesión de la sociedad. [2] Podemos decir que la vigencia y el funcionamiento de un régimen de producción intelectual de esas características, atestigua una más intensa aproximación de los equipos intelectuales con la dirección que sigue la creciente modernización de la sociedad; esto es: una mayor *organicidad* con sus expectativas y requerimientos espirituales.

La nueva fase, dice Angel Rama, no designa «una plena cultura democrática en la rara acepción del término, sino una cultura moderna, internacional, innovadora, que sigue el proceso de democratización que está viviendo la sociedad. El descentramiento de la vida intelectual se intensifica, aumenta el número de sus ejercitantes, la producción crece, la difusión en el medio social es muy alta y la competitividad profesional, que puede medirse por la cantidad de polémicas, se vuelve mayor. [3]

El carácter sistemático que adquiere el funcionamiento intelectual alcanzó su más nítida consolidación en el campo literario. Este será otro rasgo que caracteriza la nueva fase. En efecto, mientras la primera fase correspondió a la preeminencia de los ideólogos y educadores, la segunda corresponderá a la de los escritores y estará marcada por el carácter aglutinante que adquirió la actividad literaria. El discurso doctrinal e ideológico se tiñe de rasgos literarios, como es posible constatar en los principales ensayistas y críticos tanto hispanoamericanos (Martí, Rodó, por mencionar sólo a los más notables) como brasileños (J. Nabuco, Rul Barbosa, Euclides da Cunha).

Los intelectuales de esta fase cumplieron su tarea sobre la base de la presencia de un público lector al cual se dirigían y cuyas demandas se esforzaron en interpretar, y que si bien se trataba principalmente de lectores de periódicos y folletines y no tanto de libros, contrariamente a lo previsto por los pensadores del período anterior, permitió por ello mismo la formación de un gusto dominante al que se fueron acoplando paulatinamente lectores y escritores articulados ambos al influyente medio periodístico. La crónica, a través de la cual se procedió a un intenso análisis de la sociedad y del comportamiento de los sectores que la integran, y el llamado «artículo de costumbres» —de presencia obligatoria, como recuerda el venezolano Pedro Emilio Coll [4] en todo periódico que aspire al contacto con el público—, en el cual se realizó la radiografía de los sectores populares, estilizando hasta la caricatura sus rasgos y fijando la imagen de su comportamiento mediante trazos que mezclaban la irónica superioridad urbana y el patetismo que no lograba disimular el rechazo del elemento extraño, fueron abonando el terreno en que germinaría el cuento y la novela modernos. Para quedarnos en el ámbito del periodismo, cuyos requerimientos determinaron los caminos transitados por los intelectuales del período, su alcance masivo hizo posible la discusión y difusión de las nuevas ideas, así como también permitió y hasta exigió la toma de posición de los intelectuales ante el rumbo que tomaba el desarrollo de la sociedad, dando paso a la plasmación de una consciencia crítica que cada vez más dejaba translucir la fisonomía del diversificado «ser de clase».

La nueva fase asiste al desplazamiento de la homogénea cosmovisión que predominó en la sociedad tradicional, visto el lugar social común que ocupaban los integrantes de la cúpula intelectual. Con ello, tuvo lugar la diversificación de las concepciones y puntos de vista que elaboraron los nuevos integrantes del equipo intelectual, provenientes ahora de distintos estratos de una sociedad de difusión y de opinión, las revistas orientadas a sectores específicos de la sociedad (como aquella **Revista das**

familias, en la que Machado de Assis publicó sus primeras producciones) y, como ya señalamos, el periodismo, que por disponer de un relativo margen de autonomía respecto a los grupos dirigentes (cuando no estuvo vinculado a los partidos políticos, tanto oficiales como de oposición, como ocurrió frecuentemente) constituyó un medio privilegiado para la deserción y la oposición a la cultura oficializada. El periodismo partidario que así nacía, no sólo canalizó los intereses de los sectores de las clases ascendentes en su disputa por el poder, sino que también hizo posible la aparición de una perspectiva crítica y de denuncia de las consecuencias negativas más visibles de la modernización en curso. Así lo hicieron en Río de Janeiro, colocados en distintas perspectivas sociales, Euclides da Cunha y Lima Barreto y, particularmente, Joao do Rio, a propósito de la remodelación urbanística de la ciudad y la sordidez de los estilos de vida y tipos sociales que generó el advenimiento de la sociedad modernizada.[5] Esta función del medio periodístico, conjuntamente con la difusión de las revistas (las cuales, como la **Revista Amazónica** o la **Revista Brasileira,** aglutinaron en su momento los textos y autores más expresivos de la producción intelectual brasileña, pero que también cuentan con equivalentes en el área hispanoamericana), se desarrollará con mayor plenitud al entrar el nuevo siglo que conocerá la caída del predominio político del liberalismo tradicional y asistirá a la emergencia de un nuevo período político que se inaugurará, no solamente con la revolución mexicana y el ciclo de las revoluciones que ella desencadena, sino también con la reorganización de la vida política articulada a los modernos partidos políticos de base popular cuyo estilo —el populismo— se proyectará hasta nuestros días.

En esta fase, la cultura continental avanza en el camino de la «democratización» que vive la sociedad absorbiendo cada vez más sus caracteres. El más notable de ellos será el individualismo como filosofía que acompañó la doctrina de la libre concurrencia en el plano de la economía y que rigió en todos los puntos del

continente.[6] A este contexto se articuló con claridad la producción literaria en la línea del simbolismo y el decadentismo, ambas volcadas a la indagación de la subjetividad y a las situaciones y sentimientos límites que caracterizó la narrativa del período modernista.[7] En efecto, el generalizado culto a la sensibilidad que marcó un amplio sector de la producción literaria de esta fase, también encontró su complemento en la crítica literaria con la lectura impresionista de las obras (**Rubén Darío leído por Rodó**), la evolución del Pensamiento Crítico de José Verissimo estudiada por J.A. Barbosa[8] y constituyó un denominador común al que, de una u otra forma, respondieron los escritores.

Estas tendencias se articulan a la exacerbada admiración a la cultura francesa y a la puntual avidez y atención con que se consumieron sus productos, trasladando con mayor o menor originalidad, a veces genialmente, sus estilos y poéticas, copiando sus más triviales movimientos y modas fugaces, a través de lo cual cumplieron con una precisa operación de incorporación de la cultura latinoamericana a la moderna cultura occidental. Esta tarea la realizaron de modo asistemático y desordenado, pero aún más eficaz, aunque en ese proceso la herencia de la fase ilustrada, en términos generales, perdiera en rigor y en profundidad. En efecto, si bien la fase anterior se había caracterizado por la realización de una grave tarea pedagógica y por la apropiación y formulación de doctrinas destinadas a interpretar la nueva situación, la fase democratizada estará signada por el autodidactismo y la vida de cafés, por el rápido uso y sustitución de las nuevas ideas y noticias que llegaban a las redacciones de los periódicos y, en general, por el brillo y superficialidad que, en términos generales, adquirió la vida intelectual.

La nueva generación llevó a cabo una profunda crítica de la cultura universitaria (que culminaría en Hispanoamérica con la reforma universitaria de 1918) como rechazo al elitismo y a la jerarquización que ella promovía y, en general, como un momento

decisivo de sustitución de la cultura ilustrada y como una manifestación palpable de la presión ejercida por los sectores medios cada vez más influyentes para acceder a las posiciones antes reservadas a las oligarquías y burguesías comerciales establecidas. Como señaló Dardo Cuneo, refiriéndose a las circunstancias que antecedieron al movimiento de reforma universitaria del 18, «el estudiante universitario latinoamericano era, en las fechas de los pronunciamientos reformistas, habitante de una zona generalmente muy reducida de privilegio social. Esta zona tiende a abrirse en el sur, donde las masivas inmigraciones europeas, la universalidad de la enseñanza primaria y la creciente popularización del bachillerato, han aportado decisivo ritmo al tránsito desde la clase obrera hacia nuevos y diversificados niveles de clases medias». (9)

Pero antes que esos resultados maduren como consciencia política y se extiendan por todo el continente (y cuyos efectos se prolongarán hasta los años de 1930), lo característico de la fase democratizada de la vida intelectual latinoamericana consistirá en el predominio del estilo literario con su habitual apego por la vida bohemia y la informalidad.

A la constitución de este primer esbozo de la «república de las letras», contribuyó decisivamente el «estilo de conversación» a través del cual se procesaron mayoritariamente las ideas y los problemas. La vida intelectual se trasladó en buena medida al escenario de los cafés y de las redacciones de los periódicos o a las librerías de la «Rua do Oudivor» en Río de Janeiro. Estos espacios empezaron a funcionar como verdaderos nuevos centros de aglutinación de la vida intelectual, cuya eficacia no fue desmentida por las obras de los grandes nombres del momento (así por ejemplo, la biografía de Machado de Assis es inseparable del papel aglutinador que desempeñó la Librería Garnier situada en la Rua do Ouvidor). Sin embargo, la significación de estos centros fue por lo menos ambigua, pues si bien es cierto que fueron el escenario en que se difundió un conocimiento de segunda mano de las obras, transmi-

tido en el diálogo ocasional o en el rápido comentario de los nuevos textos, también en los mejores casos constituyó un medio eficaz para la difusión de las nuevas ideas y la conformación del perfil del intelectual de la época.

La vida cultural de las ciudades pasó por estos centros quedando impregnada de su ritmo y desenvoltura y, sobre todo, de su aire democrático y asistemático —aunque de una rara eficacia— al que varias veces se refirió Jorge Luis Borges, en una etapa muy posterior, para evocar la figura de Macedonio Fernández y el estilo «socrático» a través del cual marcó a su generación.

En 1921, el uruguayo Alberto Zum Felde registró la aparición del llamado «café literario» en la vida intelectual del Montevideo de fines del siglo XIX y señaló las plurales funciones que el mismo desempeñó: «El café literario sustituye a los Ateneos y a las Aulas. Los *nuevos* son *autodidactas,* (niegan asimismo la enseñanza oficial y desprecian los títulos burgueses de las universidades). En Montevideo —como algún tiempo antes en Buenos Aires en el cenáculo de Rubén Darío, donde ofician Lugones, Ingenieros, Groussac y otros, luego eminencias argentinas— se instituye el cenáculo de café, fenómeno nuevo en el ambiente intelectual de la ciudad. Hasta entonces los escritores, hombres de prosapia civil y cultural universitaria, han congregado su decoro en salones y ateneos... Las nuevas escuelas revolucionarias y la difusión del libro europeo (la biblioteca Sempere fue cómplice del delito) (...) determinan al intelectual autodidacta, individualista y bohemio. La literatura desciende del decoro burgués a la promiscuidad de la calle. Los mismos hijos de familia hidalga y pudiente, adoptan pose bohemia para no ser manejados de *burgueses* y *filisteos* por los colegas del cenáculo. La cátedra ateneica pasa a ser una institución *conservadora*. El nuevo fermento intelectual se cultiva en la tertulia del café público, retorta en la que se mezcla Zarathustra con Verlaine y a Baudelaire con Ibsen, en un absurdo y maravilloso *cocktail* que aviva el apetito de la inmortalidad...» [10]

Como tantas otras cosas que ingresan al continente en ese período de intensa transformación, las nuevas posturas intelectuales representaban una mezcla de actitudes y modas importadas con necesidades dictadas o al menos propiciadas por el desenvolvimiento social. Pues, la modernización de la vida cultural, si bien fue un requerimiento de la creciente democratización de la sociedad, se llevó a cabo a través de la adopción de las nuevas ideas europeas ruidosamente transplantadas a los contextos urbanos latinoamericanos e instrumentalizados en función de otros conflictos: «El centro literario se desplaza de la sala solemne y gentil del Ateneo al ambiente turbio y bohemio del café. La nueva generación —nietzcheanos, ácratas, decadentes— siguiendo el ejemplo de sus maestros europeos, se dan a agitar banderas de escándalos, a sembrar revolucionarias paradojas sobre el proletariado, a encerrarse en torres de marfil hipotéticas o a marearse de ajenjo y de ensueño ante los veladores de los cafés nocturnos (...) las formas y doctrinas de las nuevas escuelas están en guerras desde el primer instante con los conceptos y los gustos de la generación patricia del 80. Los hombres del Ateneo, formados en el concepto y la ciudadanía republicana, jurisconsultos en su mayoría nutridos del Derecho Romano, embebidos en el culto de la idealidad caballeresca de la vida y en las letras, miran como a un monstruo extravío de la razón y del sentimiento, la actitud de los jóvenes individualistas y decadentes, (...) Los ateneístas, siguiendo el ejemplo de sus maestros, Hugo, Quinet, Benjamín Constant, eran a la par hombres de letras y patriotas republicanos, que alternaban la pluma de la bella prosa con el verbo cívico de las tribunas. Los modernistas (comprendiendo en tal denominación a todas las últimas y distintas escuelas revolucionarias, en arte o filosofía) tienen por apóstoles de la buena fe a los grandes negadores de todos los valores jurídicos y morales y por ídolo literario a un viejo ebrio y libidinoso de las tabernas del Barrio latino...» [11]

En el mismo orden de constataciones, el brasileño Francisco de Assis Barbosa recogió otros aspectos de la turbulenta moderni-

zación de la vida urbana en el Río de Janeiro de la última década del XIX. «¿Qué hacían los jóvenes en Río de Janeiro a fines de siglo pasado?», pregunta Assis Barbosa para describir el ambiente de la ciudad en ese fin de siglo, cuando el joven novelista Alfonso Henriques de Lima Barreto se instaló en ella, en un cuarto de pensión de estudiante, al ingresar a la Escuela Politécnica de esa ciudad. Su respuesta a esa pregunta vale por una descripción bastante detallada de lo que ofrecía la ciudad en trance de modernización intensa, que modificaba rápidamente sus patrones de socialidad, y, junto con ello, abría nuevos canales de comprensión del mundo en concordancia más con las tendencias generales de la modernización que con la realidad local que aún reflejaba los rasgos y costumbres de una ciudad semi-rural. La modernidad aparecería para ella como un espectáculo fuertemente localizado, sobre todo en aquella Rua do Ouvidor que se convertía en palco privilegiado donde se exponían con fingida naturalidad los nuevos modos, personajes, modas; esto es, donde el mundo moderno en primer término se hacía presente. Todo ocurrió allí, como en una vitrina; como también en Caracas, según supo ver el poeta Aníbal Nazoa, ocurría a través de los amplios ventanales de los caserones oligárquicos del tiempo de Guzmán Blanco.

La amplia descripción de Nazoa en sus «**Recuerdos del General Guzmán Blanco**»[12], abarcó una diversidad de aspectos y proporcionó una serie de datos cuya interpretación tal vez resulte menos oscura si la leemos desde el punto de vista de aquella «técnica» benjaminiana de yuxtaposición de informaciones aparentemente heterogénea, esperando que de su aproximación surja un sentido que complemente y se articule con el sentido que hemos querido poner de manifiesto en nuestro estudio de la modernización latinoamericana. Análoga funcionalidad atribuimos a la descripción de Assis Barbosa.

En ella se afirma, refiriéndose al joven Lima Barreto, «no debían atraerlo por igual ni las corridas de toros, que constituían

en el Río de Janeiro de aquel tiempo un espectáculo excitante, ni las carreras de caballos. Pero, ciertamente, fue a ver —¡por mera curiosidad!— al Cinematógrafo de Edison, expuesto en la Rua do Oudivor por el prestidigitador Moya, presentando, entre otras cosas maravillosas, vistas animadas de la llegada del tren de Petrópolis. Un éxito. El cinematógrafo tenía una concurrencia colosal. A juzgar por la noticia publicada en el **Cidade de Río**, el 5 de mayo de 1897, cerca de dos mil personas visitaron en un solo día el 'extraordinario invento...»[13]

Las marcas de la modernidad eran en ese momento algo para ser principalmente visto, expuesto, contemplado. Hasta el punto que la contemplación misma de las personas, vestidos y modas se convirtió en una «actividad moderna». Ser visto, exponer en la propia persona las huellas del nuevo tiempo, dar qué hablar y traducir en palabras impresas la fugaz (o no) aparición pública del signo moderno, todo ello implicó una nueva categorización de la vivencia del mundo; aunque ese mundo no fuese más que «el pequeño Río de Janeiro de entonces, (que) parecía resumirse en la Rua do Ouvidor. Era la llamada sala de visitas de la ciudad, donde desfilaban políticos, literatos y jóvenes elegantes. Los cronistas sociales describían los vestidos en francés. Era lo *chic* de la época.[14]

Mostrarse o ver, ser testigo o protagonista de lo que ocurría en la Rua do Ouvidor era, en todo caso, participar del advenimiento de un nuevo tiempo. La ciudad, en ella resumida, se trastocaba en palco y horizonte de experiencias inéditas, sobre todo a través de los modos y medios que divulgaban dichas experiencias enmarcándola en un discurso de periódicos y folletines— que potenciaban su sentido originario, seguramente baladí hasta igualarlo al modelo (francés, inglés o, en todo caso, europeo) al que anhelábamos aproximarnos. Lima Barreto también las describió con morosa abundancia de detalles: «Me cruzaba con mujeres bonitas y feas, grandes y pequeñas, de plumas y abanicos, susurrantes de seda;

eran como grandes y pequeñas embarcaciones movidas por un viento leve que les hinchaba igualmente el velamen. Si una me rozaba, quedaba atontado, agradablemente atontado dentro de la atmósfera de perfumes que exhalaba. Era un gozo mirarlas, a ellas y a la calle, con sombra protectora, cercada de altas vitrinas repletas de joyas y tejidos suaves». (15)

Pero la Rua do Ouvidor era más, mucho más, que un palco de mujeres elegantes; en ella ocurría todo lo que el nuevo mundo urbano, que lentamente se imponía como centro hegemónico de una socialidad inédita, sedimentaba. Un cronista anónimo la describió así en 1898: «En ella hay discusiones políticas entre personas que pertenecen a grupos distintos, en las que se examinan y se estudian superficialmente las más elevadas cuestiones que interesan a la dirección de los negocios públicos; se admira nuestra elegancia femenina en todo su esplendor (¿a qué otro escenario estaban destinados los brazos de enloquecedora belleza de Capitú, el juvenil aspecto de Misia Jacinta, la arrebatadora elegancia, en fin, de tantas heroínas de Machado de Assis, si no era precisamente a la Rua do Ouvidor? A.M.); se tratan diálogos reñidos sobre la superioridad de este o aquel animal de carreras; se juega descaradamente a la lotería; se habla de la vida ajena continuamente; noviazgos y casamientos se hacen con la mayor facilidad; se conversa sobre el mérito a la belleza de esta o aquella artista de nuestro teatro; se entra en las confiterías o cafés y se toma cualquier cosa; se mira a las señoras y se comenta con algún amigo, encontrado al acaso, para matar el tiempo; se sabe de las últimas novedades literarias; se conversa sobre política exterior; se es víctima de las picardías y de las impertinencias de los vendedores de loterías; se tiene lo que hay de bueno, elegante, rico, en los diversos establecimientos de moda; o a veces ocurre una 'bernarda' —destrucción de periódicos y correrías— como diversión; cuando llueve hay barro en cantidad; cuando hay sol, una polvareda extraordinaria; los domingos, días sacros y feriados, es casi un cementerio; los otros días es el punto de mayor ocurrencia de nuestra bella sebastianópolis» (16)

En fin, el mundo 'verdadero', concentrado en el corazón mismo de la vida urbana, que como nunca antes, en ningún momento de la historia de cualquiera de las más antiguas ciudades del continente; entrábamos estruendosamente en el proceso de tornarnos modernos.

Pero, no sólo la socialidad ganó nuevos espacios y nuevos modos, con el desarrollo de la vida urbana cada vez más cohesionante, transformando casi en vacío de experiencia lo que no acontecía en sus calles desde donde los acontecimientos eran trasladados a las páginas de los periódicos que les otorgaban legitimación y significación objetiva. Ser visto o ver, ser testigo, era ante todo un acto de resemantización de los hechos, proyección que los dotaba de un nuevo sentido por el sólo hecho de ser interpretados como públicos; que será ese el espacio en el cual pasará a desarrollarse la vida —aún la íntima— en el marco de la modernidad.

También la vida intelectual gana nuevos modos y rituales en ese momento en que también se incorpora a la esfera pública a través del tránsito por los cafés que vino a sustituir la modalidad de los salones, tan enfáticamente cultivada por el romanticismo brasileño: «Se podría decir que Río de Janeiro era, por ese tiempo, la ciudad de los cafés. Nunca existieron tantos (...) Por todos esos cafés, confiterías y bares que se concentraban en el centro urbano, esto es, en la Rua do Ouvidor e inmediaciones, pasaba obligatoriamente toda la población de la ciudad, que iba más allá de los 730 mil almas. El café era el punto obligatorio de políticos, escritores, artistas, estudiantes y cocottes (...) Es el fin del período aureo de la bohemia literaria, de las bebederas en que Emilio de Meneses pontificaba en la confitería Colombo como si fuese un Dios expulsado del Olimpo por mal comportamiento (...). Muchos de sus frecuentadores, si no imitaban deliberadamente a los personajes de *Scénes de la vie de hohéme,* bien que hubieran gustado de ser comparados con ellos, con Rodolfo, con Mimi Pinson». [17]

Una última anotación sobre las mencionadas *cocottes* que el mismo Lima Barreto supo ver, solamente con algo de ironía, como «elementos civilizadores» a través del personaje Gonzaga de Sá, de la novela homónima. Ellas, escribe, se «dedican al trabajo de pulirnos (...) Su misión era afinar nuestra socialidad, quitar las asperezas que hablan quedado de gente dada al chantaje y al tráfico de los esclavos taciturnos que nos habían formado; era traer a los intelectuales las emociones de los rasgos correctos a pesar de todo, de las fisionomías regulares y clásicas de aquella Grecia de receta con que soñaban». [18]

El nuevo estilo que adquiere la vida intelectual, articulado primero a los «lugares de paso» que son los cafés, redacciones de periódicos, librerías, etc. y segundo, al autodidactismo y al procesamiento sumado de la información por parte de sus frecuentadores, hará de la «novedad», del «estar al día» y también de cierta inherente superficialidad, las marcas más generalizadas de la vida intelectual en la fase democratizada; todas ellas refrendadas por el periodismo, su vehículo de difusión privilegiado.

En ese mismo espacio se definía la jerarquía de los medios del circuito de difusión cultural, marcado por la difícil circulación de las grandes obras filosóficas y literarias de la época y por las dificultades que debían vencerse para tomar contacto directo con ellas; esto da la pauta para medir el carácter general y sumario del procesamiento intelectual en la fase democratizada que, y excluyendo las excepciones que la confirman, se debatió entre el internacionalismo y la desinformación. En todo caso, no exigía más que eso la urgencia y celeridad con que el periodismo reseñaba el día a día del acontecer literario y cultural —primero, europeo y luego, norteamericano— el cual era visto desde la perspectiva de la «noticia» pronta a ser sustituida, por lo tanto, por otra igualmente presentada en rápidas pinceladas. Este es también el momento de formación de la crítica literaria periodística y de la consolidación de sus características —una mezcla entre el registro del

acontecimiento social y la superficialísima descripción en base a fórmulas invariables, cuando no vehículo de disputas entre capillas literarias. [19] Aunque también hay que recordar que nunca se circunscribió a estos aspectos peyorativos, como lo atestigua el hecho de que en sus filas militaron hombres de las estatura de Martí, Rodó, José Veríssimo, Araripe, Junior, Néstor Vitor, Baldomero Sanín Cano, Leopoldo Lugones, Paul Groussac, y otros más.

Con el medio periodístico estuvieron comprometidos todos, ya sea por las posibilidades de subsistencia económica que, al menos parcialmente, les brindaba, ya sea por el relativo margen de autonomía que ofrecía y los hacía capaces de vehicular la disidencia de los nuevos sectores sociales, como en efecto ocurrió cuando, desde sus páginas, se compitió con la cultura universitaria o cuando se quiso señalar los defectos del 'progreso'. A la prensa recurrieron todos; fue el órgano privilegiado que marcó la presencia de los primeros brotes de resistencia y organización obrera comandados por los anarquistas y luego, en la década del 20, por los comunistas, cuando ya la transformación del régimen de producción intelectual en América Latina se encontraba en proceso de redefinición y consustantación con las nuevas condiciones impuestas por el desarrollo de la modernización social.

NOTAS

(1) En el macro-período de la «Cultura modernizada internacionalista», según Angel Rama, es posible distinguir tres fases de acuerdo con los rasgos más característicos (necesariamente globales y no excluyentes de otras determinaciones) que en cada fase adquiere el régimen de producción intelectual latinoamericano. Estas son: la fase de la *Cultura ilustrada*, que se extiende aproximadamente de 1870 hasta mediados de la década siguiente; la fase de la *Cultura democratizada*, que se prolonga aproximadamente hasta los inicios de la Primera Guerra Mundial; y la fase de la *Cultura pre-nacionalista* que se extiende hasta el momento decisivo de la

«crisis del orden neocolonial» y que traerá profundas transformaciones a nivel económico social y también cultural en el continente latinoamericano. Tras estas tres fases, agrega Rama, se abre otro macro-período, el de la «Cultura Modernizada nacionalista», que se extiende «hasta nuestros días», Cf. **Las máscaras democráticas del modernismo.** Montevideo, Fundación Angel Rama, 1985.

(2) Hacemos referencia al surgimiento de un «sistema literario» propio que hace posible una nueva aglutinación de los intelectuales latinoamericanos. Antonio Cándido estudió desde ese punto de vista la literatura brasileña en su ya clásico **Farmacao da literatura brasileria.** El verdadero aporte de este libro, en lo que respecta a la historiografía literaria brasileña, no consiste en el modo de abordar los textos que estudia, ni en la aplicación de los métodos aportados por el **New Criticism**, si bien en este punto es indudable que representa también su importante avance para la crítica brasileña. Pero desde el punto de vista histórico-literario, que es el terreno donde ese texto se coloca, su aporte consiste en asumir como criterio metodológico central que la expresión «literatura brasileira» no designa un conjunto de obras, sino su articulación sistemática en el marco de una sociedad cuando ésta alcanza un determinado grado de integración y desarrollo que la especifique autónomamente. Ese momento, en el Brasil, Cándido lo ubica en el surgimiento del romanticismo; éste representa el primer esbozo del «sistema literario» brasileño que no hará sino desarrollarse y transformarse en las etapas posteriores. De allí que no haya iniciado su estudio en el período barroco, cuya importancia Cándido no desconoce, y que sí fue la opción de Afranio Coutinho y constituye la diferencia fundamental en lo que respecta a las concepciones teóricas de fondo que distinguen los trabajos de ambos. Así, como respondiendo a la reseña que hiciera Afranio Coutinho acerca de su libro, escribe Cándido no sin cierta aspereza: «jamás afirmé la inexistencia de literatura en el Brasil antes de los períodos estudiados. Eso sería, pura y simplemente, una tontería, incluso para un escolar (...) Pero hay varias maneras de abordar el estudio de la literatura.Suponemos que, para configurarse plenamente como sistema articulado, ella depende de la existencia del triángulo autor-obra-público, en interacción dinámica, y de una cierta continuidad de la tradición. Siendo así, la brasileña no nace,

claro está, pero sí se configura, en el curso del siglo XVIII, dando espesor al proceso formativo, que venía de antes y continúa después» (Prefacio de la 2da. edición, 1961) La definición de ese «sistema articulado» es el centro de su propuesta historiográfica (y tengo la impresión que no fue continuada ni debidamente evaluada en la importante tradición histórico-literaria brasileña). «Para comprender en qué sentido es tomada la palabra *formación* y por qué se califican de *decisivos* los momentos estudiados, conviene comenzar distinguiendo las *manifestaciones literarias* de la literatura propiamente dicha, la cual es considerada aquí como un *sistema* de obras vinculadas por denominadores son, además de las características internas (lengua, tema, imágenes), ciertos elementos de naturaleza social y psíquica, aunque literalmente organizados, que se manifiestan históricamente y hacen de la literatura un aspecto orgánico de la civilización. Entre ellos se distinguen: la existencia de un conjunto de productores literarios más o menos conscientes de su papel; un conjunto de receptores que conforman los diferentes tipos de público, sin los cuales la obra no vive; un mecanismo transmisor (de modo general, un lenguaje traducido en estilos) que vincula unos a otros». (Antonio Cándido, **Formacao da literatura brasileria** 5a. edición, Belo Horizonte, Ed. Itatiaia, Sao Paulo, Edit. da Universidade de Sao Paulo, 1975. Introducao, «Literatura como sistema», P. 23) En Hispanoamérica, adoptando el mismo punto de vista de A.Cándido, Angel Rama identificó el momento formativo de un «sistema literario» hispanoamericano en la etapa modernista, esto es: con la difusión alcanzada a escala continental de la estética modernista en cuyo centro colocó la obra de Rubén Darío. En efecto, repitiendo casi en idénticos términos la tesis de Cándido, Rama señala que estudiará la obra de Darío desde el punto de vista de lo que ella contribuye a la *formación de la literatura* hispanoamericana, y «una literatura es entendida aquí —escribe como una serie de obras de valor, sino como un sistema coherente con su repertorio de temas, formas, medios expresivos, vocabularios, inflexiones lingüísticas, con existencia real de un público consumidor vinculado a los creadores, con un conjunto de escritores que atienden las necesidades de un público y que, por lo tanto, manejan los grandes problemas literarios y socioculturales» (A. Rama: **Rubén Darío y el Modernismo.** Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la UCV, 1970, p. 11).

(3) Angel Rama **Las Máscaras...** p. 39.

(4) Varios autores: **Antología del Costumbrismo Venezolano.** Caracas, Monte Avila, 1972.

(5) Véase el estudio de Nicolau Sevcenko, **A Literatura como Missao.** Sao Paulo, Brasiliense, 1984. Joao de Rio, pseudónimo de Paulo Barreto (1881-1921), es tal vez el más interesante personaje del Rio de Janeiro que se modernizaba a pasos acelerados en el período comprendido entre el fin del XIX y las primeras décadas del XX. Testimonio lúcido y *moderno* del surgimiento de la modernidad brasileña, su actitud como escritor es enteramente comparable a la del Baudelaire hechizado en medio de las calles parisinas. En la Introducción a **Alma encantadora das ruas.** (París, Garnier, 1908), escribió: «Para comprender la psicología de las calles no basta gozar sus delicias como se goza el calor del sol o el lirismo de la luna. Es necesario tener el espíritu vagabundo, lleno de curiosidades malsanas y los nervios con un perpetuo deseo incomprensible; es necesario (...) practicar el más interesante de los deportes, el arte del *flanar* (...) ¡Flanar!... He aquí un verbo universal que no posee entrada en los diccionarios, que no pertenece a ninguna lengua (...) Flanar es ser vagabundo y reflexionar, es ser tonto y comentar, tener el virus de la observación unido al de la vagancia. Flanar es ir por ahí, de mañana, de día y de noche, meterse en los ambientes populares, admirar el niño de la joven allí en la esquina, seguir con los muchachos al luchador del Casino vestido de turco (...), conversar con los cantantes de serenatas en los botiquines de la Saúde (...) es estar sin hacer nada y encontrar absolutamente necesario ir hasta un sitio lóbrego (...) ¿Es vagabundería? Tal vez. Flanar es la distinción de deambular con inteligencia».

(6) Bajo el punto de vista del individualismo como actitud predominante del período, Angel Rama estudió la poética modernista y, particularmente, de Rubén Darío, en su **Rubén Darío y el Modernismo.** Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la UCV, 1970.

(7) Se trata de la denominada «novela decadente», hispanoamericana, uno de cuyos principales representantes fue el venezolano Manuel Díaz Rodríguez (1868-1927) con su **Sangre patricia** (1901) e **Idolos Rotos** (1902). Introspectiva y de indagación de las situaciones límites de la subjetividad podrían ser algunos textos del uruguayo Horacio Quiroga.

(8) Joao Alexandre Barbosa. **A tradicao do Impasse.** Linguagem da crítica e crítica da linguagem em José Veríssimo, Sao Paulo, Atica, 1974.

(9) Dardo Cuneo. «Extensión y significado de la reforma universitaria». En **La Reforma Universitaria** (1818-1930). Caracas, Biblioteca Ayacucho. Vol. 39 (Selección, Prólogo y Cronología, Dardo Cuneo), p. XI.

(10) Alberto Zum Felde. **Crítica de la literatura uruguaya.** Montevideo. Maximino García Editor, 1921, p. 35.

(11) Alberto Zum Felde. **Ibidem.** Nicolau Sevcenko hace observación análoga refiriéndose al Rio de Janeiro de la época» «Rio de Janeiro ofrecía, pues, un campo inigualable de actuación para los intelectuales de un país pobre y casi totalmente analfabeto. Los cafés, confiterías y librerías de la ciudad pululaban de múltiples conventículos literarios privados, compuestos por cofradías vanidosas que se enfrentaban continuamente a través de los pasquines esporádicos de la Rua do Ouvidor». Y sobre la internacionalización: «El resultado de ese proceso, que contaba a su favor con la creciente modernización, urbanización e internalización de las sociedades tradicionales, era la transformación de los capitales de esas sociedades en centros cosmopolitas, alimentados por la producción cultural y editorial de las metrópolis europeas. Es así como asistimos a una virtual universalización de ciertas corrientes europeas como el simbolismo francés o la arquitectura monumental *art-nouveau* en ese período». N. Sevcenko, **op. cit.** p. 94 y 82 respectivamente.

(12) Aquiles Nazoa. «Recuerdos del general Guzmán Blanco», en **Caracas física y espiritual.** Caracas, Editorial Panapo, 1987. pp. 109-114. (La primera edición de este libro es de 1967).

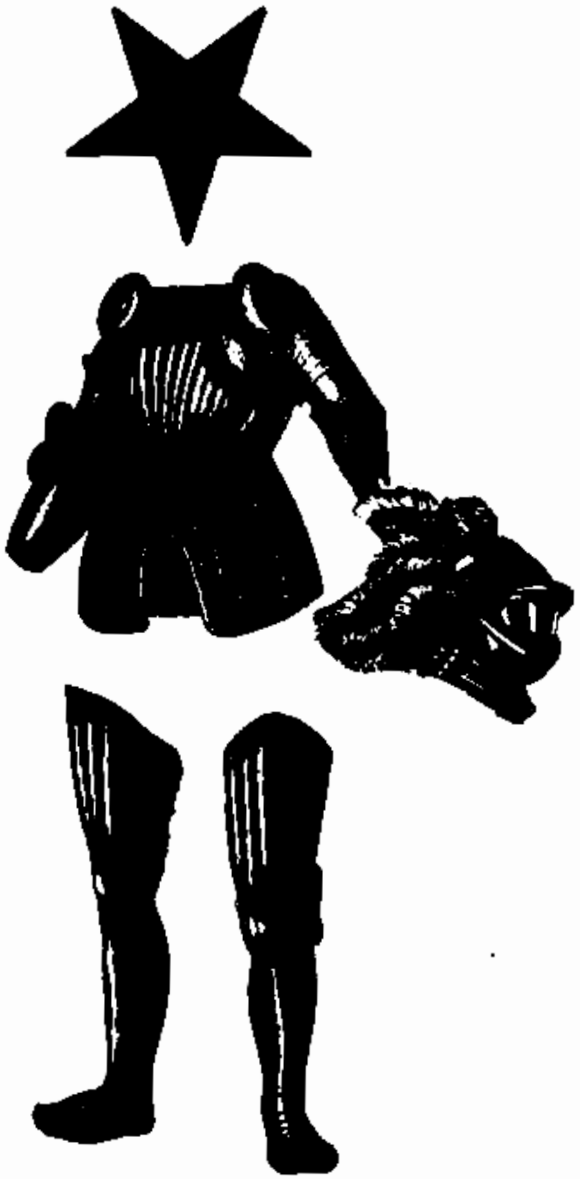
(13) Francisco de Assis Barbosa, **A Vida de Lima Barreto.** Rio de Janeiro, José Olympio Editora 1981. (1a. edición, 1952), pág. 67.

(14) **Idem.**

(15) Lima Barreto. **Recordacoes do escrivao Isaías Caminha.** Sao Paulo, Brasiliense, 1981, p. 86.

(16) La revista **Rua do Ouvidor.** Rio de Janeiro, Nº 1, 14-5-1898, citado por Francisco de Assis Barbosa.**Op. cit.** p. 68.

(17) Assis Barbosa, **Ibidem.** p. 123.

(18) Lima Barreto. **Gonzaga de Sá.** Sao Paulo, Brasiliense, 1986, p. 105.

(19) El tema puede rastrearse con mayor detalle en: Lima Barreto, **Recordacaoes do escrivao Isaías Caminha,** Sao Paulo, Brasiliense, 1981 (8a. edición). A.I. Machado Neto: **Estrutura Social da Republica des Letras** (Sociología da vida intelectual brasileira. 1870-1930). Sao Paulo EDUSP/Grijalbo, 1975 Brito Broca: **A Vida literária no Brasil-1900.** Rio de Janeiro, Liv. José Olympio, 1960, 2a. Edicao.